

Composición en blanco y negro. Bosquejo V

Lidia Falcón vista por Jesús Martínez

Camaradas

En *Memoria de la melancolía*, la guapa, sorprendente y rumbosa María Teresa León glorificaba la palabra *camarada*, porque en ese término latía el mundo entero.

La incontestable, incontrovertible, insuperable Lidia Falcón (Madrid, 1935), periodista de vuelo rasante, conferenció en la Biblioteca Vapor Vell, en el marco del ciclo «Lectura crítica de la prensa», el pasado 31 de octubre.

La primera palabra que salió de la boca de Lidia fue *camarada*: «Los camaradas de la biblioteca me han invitado...».

Y luego se metió de lleno en la cubeta de la prensa, en la que ha militado menos que en la vida, pues queda claro que la política es el campo que la abarca, lugar en el que todo se discute, de la edad primera a la edad tardía. Vamos, que Lidia Falcón es un animal político.

Para ella, el Congreso de los Diputados, el Parlamento de un país, Estado o nación, es el paraninfo inviolable de la democracia. Se entienden sus digresiones con esta reflexión que cae por su propio peso: «Yo he vivido en la España en la que la prensa estaba dirigida, y en la que no se podía opinar libremente ni votar con libertad, por eso sé el valor que tiene votar».

Sobre una de las mesas de entrada a la sala de la cuarta planta del Vapor Vell, en la que Lidia radiaba su discurso con una voz ronca y atronadora, ejemplares de sus libros *Memorias políticas (1959-1999)* y *Las nuevas españolas*. Y hojas volantes con las que recoger firmas contra la violencia machista («frente de lucha feminista»).

Acto seguido, y en respuesta a la banalización de quienes ningunean el sistema electoral porque «todos los partidos son iguales», lanzó la propuesta de iniciar unas Jornadas sobre Seriedad: «Seamos serios, no hay que trivializar».

Aún no había empezado su charla y ya proponía otra.

Así, habló de muchas cosas.

Tocó el movimiento feminista, porque, afirmó, «la lucha feminista es anterior a la lucha sindicalista. Nosotras ya protestamos en la Asamblea de la Revolución Francesa, en 1789», y lo dijo con un prurito de orgullo, como si hubiese tenido esa fecha anotada en su agenda hasta hace cuatro días.

Citó la «prensa amordazada, perseguida y encarcelada» y se solidarizó con los periodistas de México («allí les matan») y de Turquía («[Recep] Erdogan ha metido en la cárcel a un montón de compañeros»).

En el fondo, no se dirigió a los periodistas, sino a los «obreros de la información».

Citó a Carmen de Burgos, *Colombine*, la primera mujer corresponsal en España.

Tuvo bellas palabras para el oficio reporteril, tan vituperado últimamente: «La arquitectura de un periódico es su información. Nosotros sabemos lo que ocurre porque alguien va a los sitios para contárnoslo, si no no tendríamos ni idea».

Continúa: «Cómo se prepara la noticia, cómo se difunde, cómo se digiere, de eso es de lo que trata la prensa libre. No es solo poner un wazap y ya está. Es algo complejo y laborioso. De esta forma podemos llegar a entender la guerra en Siria, por ejemplo».

O alarmarnos por este titular: «El presidente del BBVA se embolsa 79,7 millones de euros de pensión» (*El País*, 5 de febrero del 2010).

Antes llamaban «plumilla» al redactor –su herramienta, tintero y pluma.

Hoy, en las divagaciones de esta mujer de fuertes convicciones, al redactor se le podría llamar «movilista» –su herramienta, el teléfono móvil, sin olvidar la batería.

Lidia lamentó la proliferación de *fake news* (noticias falsas), producto de dejar a las redes sociales la búsqueda de la verdad. Facebook y Twiter, para la fundadora de la revista *Vindicació feminista*, son «armas de destrucción masiva».

Denunció la «autocensura».

Contó cuando fue detenida por primera vez, «por estar informando en la calle». Se remontó a 1960, a la España gris de pandereta, de Nodos y del temido TOP (Tribunal de Orden Público).

«Me acusaron de enviar al extranjero datos para alimentar los movimientos subversivos. Pero yo soy hija y nieta de periodistas, y a mí no me podían quitar el cerebro», afirmó. Preguntó si aún existía la comisaría de policía de la calle Doctor Dou (Ciutat Vella). Se refirió a aquellos años con cierta nostalgia, no porque fueran buenos tiempos, sino porque se rodeaba de buenas personas: «Cuando estábamos en la resistencia [contra el dictador Francisco Franco], en los años heroicos...».

Certificó que, para un profesional del sector, sirven más los contactos de los porteros de los edificios que los contactos de los propios gerifaltes.

Explicó la odisea que suponía, cada día, «fabricar» –utilizó este verbo– las cuarenta y pico páginas del *El Noticiero Universal*.

Ella «husmeaba» en el lugar de los hechos.

Su vocación podía contra viento y marea.

Embistió contra el capital. Embistió contra el poder dominante –léase patriarcado–. Embistió contra los «monstruos», los líderes de extrema derecha: Marine Le Pen, en Francia; Geert Wilders, en Holanda, y Jair Bolsonaro, en Brasil. Les define de esta manera: «los Hitlers de hoy, Hitlers *light*».

La todoterreno Lidia Falcón (*La violencia que no cesa*) acabó su intervención en la Biblioteca Vapor Vell con una invitación para seguir hablando:

«Ese sería un tema para otra reunión, si queréis luego lo comentamos...».

Jesús Martínez